Colección Tierra Firme

EL EXCURSIONISTA DEL PLANETA

Serie viajeros
dirigida por
Alejandra Laera

LUCIO V. MANSILLA

EL EXCURSIONISTA DEL PLANETA

Escritos de viaje

Selección y prólogo de Sandra Contreras

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
México - Argentina - Brasil - Colombia - Chile - España
Estados Unidos de América - Guatemala - Perú - Venezuela

Primera edición, 2012

Mansilla, Lucio Victorio
El excursionista del planeta : escritos de viaje . - 1a ed. -
Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2012.
472 p. ; 21x14 cm. - (Tierra firme)

ISBN 978-950-557-934-1

1. Crónicas de Viaje. I. Título
CDD 930

Diseño de tapa: Juan Balaguer

D.R. © 2012, Fondo de Cultura Económica de Argentina, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carretera Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-934-1

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

El genio de los buenos viajes,
Sandra Contreras..... 9

I. Oriente. De Adén a las Termópilas

De Adén a Suez. (Impresiones de viaje)..... 53
Recuerdos de Egipto..... 75
En las pirámides de Egipto..... 101
Desde las Termópilas..... 117

II. Paraguay. La expedición del oro

Cartas de Amambay..... 125
Ñandurocay. Tempestad y sol..... 279
¡Esa cabeza toba!..... 289

III. Europa. Política, mujeres, tecnologías

Sobre cuberta..... 303
La cabeza de Washington. Apuntes de mi cartera de viaje..... 317

Ecos de Europa (selección) 327
Catherine Necrassoff 379
Bis 399
En Venecia 411
Limosna y mendicidad 423
Diario de un expatriado 435
Páginas breves (selección) 439

El genio de los buenos viajes

Sandra Contreras

Los dones del viajero

El fragmento es un clásico en la colección de citas de Lucio V. Mansilla y sigue siendo, por cierto, el más indicado para presentar al gran viajero de la literatura argentina del siglo XIX:

> He sido, como ustedes saben, uno de los argentinos más glotones en materia de viajes: he estado en cuatro de las cinco partes del mundo; he cruzado, sin el más mínimo accidente, catorce veces la línea equinoccial, y he visto entre ciudades y aldeas, más de dos mil, dándome hasta el placer de comprar, en un mercado de carne humana, una mujer, para decirle después de ser mi cosa propia, con sorpresa de todos los circunstantes, excepto mi compañero de viaje James Foster Rodgers, que pagó la mitad del precio: "Eres libre, puedes hacer de tu cuerpo lo que quieras". ("En las pirámides de Egipto".)

Cuando publica esta *causerie,* es diciembre de 1888, Mansilla tiene 56 años y es, desde los años sesenta, personaje célebre en la prensa, además del premiado autor de *Una excursión a los indios ranqueles*. Para ese entonces, ya ha conocido India y

Egipto a sus 18 años; ya ha recorrido, y en más de un viaje, decenas (¿cientos?) de ciudades europeas, incluyendo San Petersburgo y Moscú y, desde luego, una y otra vez, París; se ha adentrado también en las tolderías ranqueles de La Pampa y ha explorado las serranías de Amambay y Maracayú en su búsqueda de oro en Paraguay; e inclusive –porque no deja de listarlos en su colección de destinos– ha hecho, ida y vuelta, numerosos caminos por las soledades de las provincias argentinas, y hasta ha sido destinado a Montevideo y a Santiago de Chile en misiones oficiales. Mansilla está conquistando nuevamente al público de Buenos Aires, ahora con sus *Causeries del jueves* en el diario *Sud-América,* y ésta sigue siendo una de sus predilectas cartas de presentación: es uno de los argentinos con más viajes en su haber, pero sobre todo, como lo vio lúcidamente David Viñas, el argentino que mejor los ha *paladeado*.

Tratándose de uno de los más conspicuos *gentlemen* de la generación del ochenta, que, como se sabe, hizo del relato de viaje uno de sus principales signos de distinción, bien podríamos preguntarnos: ¿por qué, con semejante caudal de itinerarios y experiencias, Mansilla no escribió su libro de viajes alrededor del mundo? Por supuesto, allí está *Una excursión a los indios ranqueles,* el gran libro de 1870 que, además de sonada intervención política e ideológica en el debate del siglo XIX sobre la cuestión del indio, condensó, en el relato de su "deliberado viaje a la barbarie", la seductora excentricidad que singulariza a Mansilla para siempre. La pregunta, entonces, debe precisarse: ¿por qué Mansilla no escribió su relato de viajes *al modo* en que lo hacían los hombres y mujeres del ochenta?, ¿por qué no publicó un libro como *En viaje* (1884), de Miguel Cané, o *Recuerdos de viaje* (1882), de su propia hermana Eduarda?, ¿o por qué no recogió en volumen sus correspondencias a *La Tri-*

buna Nacional (1881-1883) o a *El Diario* (1899-1901) como sí lo hicieron con las suyas a *El Nacional* y a *La Prensa* Lucio V. López, en *Recuerdos de viajes* (1881), y luego Eduardo Wilde, en *Viajes y observaciones* (1892)? "Preferiría no hacerlo", parece decir el más viajado de los hombres del ochenta, casi como un Bartleby frívolo y displicente; y no por falta de sistematicidad (pocos de esos escritores tan metódicos como Mansilla) sino porque, sencillamente, concibe ese diario de viajes de otro modo. Es cierto que "De Adén a Suez", su primer escrito, de 1854, lo muestra desde el comienzo como quien viaja fundamentalmente –como dice Noé Jitrik que hacen los *escritores viajeros*– para *escribir a la vuelta*. Sólo que lo hace a través del despliegue de una multiplicidad de estilos: de las "impresiones" y "recuerdos" de viaje, que pronto abandona, a las anécdotas con las que brilla en las *causeries,* pasando por las crónicas del militar, antropólogo, empresario y explorador y las corresponsalías periodísticas. También, a través de la fragmentación de ese viaje recurrente en numerosas escenas que, dispersas a lo largo y ancho de las publicaciones (Mansilla publicaba aquí y allá, todo el tiempo), parecen multiplicarlo.

En efecto, cuando escribe *Una excursión a los indios ranqueles,* a sus 40 años, Mansilla no había hecho más que sus dos primeros viajes de juventud a Oriente y a Europa, además de uno a Chile y algunos otros por el interior del país en misión oficial. Lo que no le impide enumerar, detallada y profusamente, como una especie de *globe-trotter* sudamericano *avant la lettre,* todos y cada uno de los medios de locomoción que utilizó ("Ellos –dice refiriéndose a sus acompañantes– no habían recorrido como yo cuatro partes del mundo, en buque de vela, en vapor, en ferrocarril, en carreta, a caballo, a pie, en coche, en palanquín, en elefante, en came-

llo, en globo, en burro, en silla de manos, a lomo de mula y de hombre"), ni promocionarse como viajero del mundo diciendo, por ejemplo, que no ha visto jamás en sus "correrías por la India, por África, por Europa, por América" nada más solitario que los montes del Cuero en la pampa argentina. Hacia fines de los años setenta, Mansilla volverá a usar la palabra, con sus resonancias de aventura y lejanía, cuando se refiera a sus "últimas correrías por los bosques de Paraguay, en busca del vellocino de oro", y volverá a insistir en que no es un misterio para nadie "lo mucho que ya ha viajado", tanto que si fuera posible, reclamaría para sí "el título de *Judío errante,* con mejor derecho que el de General". Pero será sobre todo entre 1888 y 1890, a lo largo de una seguidilla de *causeries* como "¿Por qué?", "Los siete platos de arroz con leche", "En las pirámides de Egipto", "Catherine Necrassoff", "Bis", "Horror al vacío", "La calumnia viajera", "Limosna y mendicidad", "Alucinación" y las cuatro que componen el ciclo de "Chandernagor", cuando el procedimiento de fragmentar el relato de una vida entera atravesada por el viaje y de montar, alterando y confundiendo su orden, las anécdotas, produzca, como el truco de Witcomb lo hace en su conocido retrato fotográfico de 1903, el efecto de multiplicar la figura de Mansilla en viaje al infinito.

"Llegado ayer, vuelve a marcharse mañana", dice Paul Groussac cuando en mayo de 1897 saluda al "excursionista del planeta" que, recién llegado de Europa, se preparaba, ya, para volver a partir. Y, no casualmente, uno de los primeros gestos de Mansilla en su exitosa *rentrée* de 1888 en la prensa porteña es retornar al primer viaje de juventud y poner de entrada en escena, en las *causeries* "¿Por qué?" y "Los siete platos de arroz con leche", los intrigantes preliminares de la partida y el espectáculo

del regreso cuando, como un "animal raro" vestido "a la parisiense, con un airecito muy chic", había sorprendido a la Buenos Aires provinciana de 1851. Se trata, claro está, de un efecto de escritura. Es el personaje de Mansilla el que, sea cierto o no que fue pionero entre los argentinos en navegar por los brazos del Ganges y en escalar el Himalaya, aparecerá siempre, y entre los iniciados viajeros del ochenta, como quien *ya viajó,* como quien, habiendo pasado por "la gran golosina de los viajeros" que es París, *ya se aburrió* nada menos que en Londres, pero sobre todo como quien acumuló todas esas experiencias siendo muy, *demasiado,* joven. Las cinco entregas que componen el primer gran éxito de las *causeries* en el *Sud-América* ("¿Por qué?") se prolongan, precisamente, en respuesta a la curiosidad del entonces vicepresidente Carlos Pellegrini, que quería saber *por qué* Mansilla había hecho su primer viaje

> en tan temprana edad, cuando viajar era un acontecimiento que llenaba de zozobra a la familia y al barrio, no habiendo entonces, como no había, vapores rápidos como ahora, sino buques de vela, que empleaban cien días, y a veces, muchos más, en hacer, no dig[amos] la travesía que hi[zo] de Buenos Aires a la India, sino a Europa.

Esta precedencia en el viaje, sobre la que volverá más de una vez como una condición extraordinaria y a la que no dudará en transformar en alarde consagratorio (como cuando dice, por ejemplo, "y eso que yo he estado en Rusia, y ustedes no, me parece"), distingue a Mansilla no sólo ante ese *monsieur-tout-le-monde* que puede leerlo en el periódico sino a su vez entre la cofradía misma del ochenta. También en 1884, el todavía joven Miguel Cané exhibe de entrada su experiencia de

viajero por Europa, cuando subraya que, habiendo completado las guías de turismo a los 20 años, puede ahora quedarse a bordo en las escalas. Pero, iniciado entre los iniciados, Mansilla da todavía otro paso adelante en distinción: acredita resto más que suficiente para abstenerse de escribir el relato ceremonial y edificante del *grand tour* (del que libros como *Recuerdos de viaje* de Lucio V. López y cartas como las de Eduardo Schiaffino en *El Diario* son claros ejemplos entre los jóvenes viajeros argentinos) y, al mismo tiempo, para recomendarles, con nombre y apellido, a los pares de su generación todavía indecisos, que viajen más, que salgan a ver mundo, si de veras quieren gravitar en los destinos del país.

Cuando hace público este consejo, Mansilla está a bordo del *Iberia,* rumbo a Europa por cuarta vez, y si por un lado el viaje parece ser ahora el fundamento de una política educativa para dirigentes, por otro es también una profilaxis para la felicidad y el bienestar, y, sobre todo, una fortuna y un don. Mansilla viene de fracasar en su empresa minera en Amambay, lo que lo ha expuesto, hasta no hace mucho, a las sospechas e ironías más feroces en la prensa, y sin embargo dice, en la primera línea que envía en febrero de 1881 a *La Tribuna Nacional:*

> Yo soy el genio de los buenos viajes. Navegamos con mar bonancible y tiempo fresco cruzando latitudes de fuego. Todo capitán en cuyo buque yo me embarco debiera pagarme una prima, seguro de llegar con felicidad a destino. Conmigo pueden viajar tranquilos hasta frailes.

Es cierto que escribe aquí bajo seudónimo, pero es tan evidente que se trata de su pluma –como lo pone de manifiesto el suelto que acompaña la carta–, que esas líneas no pueden

leerse sino como proclamación del viajero que sabe enorgullecerse de un "don casi preternatural de ubicuidad" y que se siente bendecido con la fortuna, que cada tanto exhibe como trofeo, de haber hecho los más largos y peligrosos trayectos "sin el más mínimo accidente".

Glotón de múltiples destinos, extravagante en los placeres del consumo, eterno afortunado en infinidad de travesías, Mansilla –el más joven y el más viejo de su generación– puede convertirse a su vez, para todos, en genio protector de los buenos viajes.

Las edades del viajero, los saberes del escritor

Si bien en la conocida *causerie* de 1888, "De cómo el hambre me hizo escritor", Mansilla sitúa su iniciación en un texto periodístico que accedió a escribir hacia 1857 como medio de sustento durante sus años en Paraná, lo cierto es que en el viaje Mansilla encuentra, a lo largo de su vida y de modos diversos, un umbral para su escritura. Cuenta en 1904, hacia el final de *Mis memorias,* que del viaje en el buque de vela que lo había llevado a la India le quedaron dos enseñanzas: su incapacidad para versificar y la comprobación de que la mímica puede reemplazar a la palabra cuando no se conoce bien una lengua y cuando se quiere, como era el caso, traducirle pasajes del *Quijote* al capitán. Si, según revela en "¿Por qué?", del aburrimiento de los negocios se distrae *leyendo* el *Contrato social* de Rousseau y esa fruición por la lectura determina la decisión del padre de "mandarlo a viajar", del tedio de la travesía monótona e interminable a bordo del *Huma,* Mansilla se distrae *poniéndose a escribir:* versificando mal y traduciendo al inglés.

Es en 1850 entonces, y en viaje, que Mansilla pasa de la "panzada de lecturas" que se da en el saladero familiar de Ramallo a los ensayos de escritura que arriesga en su travesía hacia la India. Hacia 1854, cuando el parentesco con Juan Manuel de Rosas comienza a incomodar, Mansilla pudo pensar –según conjetura su biógrafo Enrique Popolizio– que "las letras podrían ayudarle y, como los viajes le habían dado tema para sorprender a los sencillos vecinos de Buenos Aires, se puso a escribir 'De Adén a Suez'". Pero Mansilla volverá en diversas ocasiones a este viaje de juventud; y si en el primer escrito recorta apenas un tramo, en los siguientes irá completando el periplo original. Así, en 1863, cuando, aun habiendo iniciado su carrera militar, intenta definir un lugar en las letras (son los años del exitoso estreno de su obra *Atar-Gull,* de los artículos y traducciones en la *Revista de Buenos Aires* y en *El Correo del Domingo,* y de su impulso a la creación del *Círculo Literario),* "Recuerdos de Egipto" retoma el trayecto, que ahora va de Suez a El Cairo. Y más de veinte años más tarde, desde las páginas del *Sud-América* que lo consolidan ya como "el reconocido escritor *causeur",* se detiene en la visita de marzo de 1851 a las pirámides a la vez que avanza sobre las escalas siguientes: Constantinopla, Roma, París, Londres.

Ahora bien, cada vez que Mansilla recomienza este relato es para decir que, ya sí, con más edad, y por lo tanto con mayor capacidad para la interpretación histórica, puede captar y apreciar, retrospectivamente, los siglos acumulados en los paisajes o construcciones que a los 20 años "no le habían dicho nada" o sólo "habían impresionado" sus sentidos. El contraste entre la juventud –el joven que viajó– y la madurez –el adulto que escribe– también atraviesa, como bien lo observó María Sonia Cristoff a propósito del episodio desplegado en la serie

de "Chandernagor", la parábola que va de "De Adén a Suez" a "En las pirámides de Egipto". No se trata, sin embargo, de que el joven Mansilla carezca de cultura literaria para dotar de resonancias culturales sus impresiones escritas: los versos de José Zorrilla y de Lord Byron así como los pasajes del *Éxodo* acuden inmediatamente a la memoria del joven viajero frente a las montañas del Mar Rojo y frente al emblemático Monte Sinaí. Ni siquiera deja de estar dotado de suficiente formación política como para observar con perspectiva histórica los lejanos países que recorre: la reflexión sobre la expansión del imperio inglés y su reciente anexión de Adén así como sobre las posibilidades de pervivencia del "elemento musulmán" en Occidente, adelantan, por ejemplo, los diagnósticos que cuarenta años después hará desde la columna "Ecos de Europa". Pero, además de que en los dos primeros ensayos la predominante retórica tardorromántica responde previsiblemente al género de la "impresión de viaje", con sus efusiones líricas ante los atardeceres del desierto o ante una naturaleza magnífica cargada de historia, la madurez de "En las pirámides de Egipto" pone en evidencia el dominio en el arte de narrar que en los años ochenta consolida a Mansilla como maestro inigualable de la conversación escrita.

Con todo, y no obstante sus limitaciones, estos primeros escritos muestran ya otro tipo de saber al que el Mansilla viajero recurrirá, si bien según su propio estilo, más de una vez. En efecto, además de perfilar al beduino egipcio de 1851 menos como un bárbaro que como el más indicado contacto para organizar el *tour* por el desierto africano, en el recuerdo del penoso recorrido de veinte horas por las ocho estaciones que jalonan el trayecto que va de Suez a El Cairo, Mansilla se detiene en los servicios y lujos de los que se puede disponer en

sus kioscos, en las reglas que conviene observar, y, sobre todo, como advirtiendo al lector del abuso que hacen sus dueños de los turistas sedientos y abrasados por el sol, en los precios exorbitantes que hay que pagar por un vaso de agua, por una botella de vino o por una *private room*. Cuando en "En las pirámides de Egipto" califica como *tourists* a las inglesas que lo acompañan en la ascensión, Mansilla parece aproximarse, por esta vía, a la retórica antiturística que, dice la crítica Andrea Pagni, informa el relato de los expertos viajeros argentinos del ochenta: la negativa a la guía de turismo y el desprecio por los *rastaquouères* sudamericanos (los "Don Polidoro") de Lucio V. López, o la indignación ante el despliegue de atracciones montadas, por ejemplo, alrededor de las cataratas del Niágara, de Miguel Cané. Pero lo cierto es que, no obstante la sopesada reconstrucción que ahora puede hacer tanto de los monumentos egipcios como de la impresión que causan en el viajero, la *causerie* toma en la segunda parte el rumbo de la descripción "catalogada e inventariada" y del relato de "la hazaña de haber trepado hasta el último escalón" que, dice Lucio V. López, son la expectativa y la limitación propias del turista burgués de Buenos Aires. Y apunta, finalmente, al *souvenir* que alguien que no se escandaliza ante el negocio del turismo puede traerse de la visita guiada: no sólo el sello de oro que un *yankee* disfrazado de musulmán encontró en el dedo de una momia y luego le obsequió, y que él, ahora, le regala a Ramón Cárcano, a quien le dedica la *causerie,* sino también la estrafalaria aventura de haberse reunido, en la cúspide, con 24 americanos con los que festejar la hazaña y el encuentro.

"Desde las Termópilas", la carta que en 1897 le envía a Emilio Mitre a través de *La Nación,* cuando había sido comisionado para estudiar sobre el campo de batalla el desarrollo de la re-

ciente guerra greco-turca, cierra magníficamente el círculo. Del otro lado del Mediterráneo, los versos de Byron a las islas griegas, a los que había acudido casi medio siglo antes para referirse al majestuoso Sinaí en su pasaje de Adén a Suez, se encuentran finalmente con las montañas de Marathon. Sólo que ahora la referencia literaria es apenas un gesto más de distinción para pasar, frívolamente, a lo que a Mansilla más le gusta "hacerles saber" a sus "paisanos": cuál es la mejor época para viajar a Grecia, cuál es el mejor hotel para alojarse en Atenas, dónde se puede tomar un café a la turca, cómo son los cigarros griegos. En este sentido, también la extensa columna que había enviado desde el barco en 1881, "Sobre cuberta", además de una invitación al viaje para la dirigencia nacional, era un folleto de recomendaciones. Pionero del *travel guide* para argentinos, Mansilla decide "entrar en algunos detalles, que pueden ser útiles a los que se sientan animados por el soplo del espíritu nuevo", y así como *Una excursión a los indios ranqueles* se abría con un repaso de la gastronomía internacional que ya había degustado en sus viajes, "Sobre cuberta" se explaya en los "encantos de la vida a bordo" (las variedades del menú, las comodidades de los camarotes, los secretos del servicio) y hasta brinda consejos para organizar el *tour* colectivo por Europa. Finalmente, es una vieja costumbre de Mansilla que, también en *Una excursión a los indios ranqueles,* puede repasar tanto con madame de Stäel como con los *tourists* de todo el mundo las razones que fundan el placer de los viajes, y que, experto en métodos, puede recomendar, si de viajar con caballos por el desierto se trata, la aplicación de la regla que siempre le ha dado "los mejores resultados".

No se tratará, sin embargo, y desde luego, de los consejos ni de los pareceres de un turista cualquiera sino de las advertencias y los *tips* de un escritor: la mirada distanciada e inclu-

sive irónica signará siempre la distinguida perspectiva de la guía. No sabemos si Mansilla conocía las exitosas crónicas de la excursión a Tierra Santa con las que Mark Twain entretuvo a la vez que interesó al público americano hacia 1869, pero la ironía con que se ríe de las expectativas frustradas del turista prueba que, dando la vuelta completa al viaje de su juventud, y casi como si estuviera *de vuelta de todo,* bien podría haberlas escrito, en las últimas décadas del siglo XIX, para los viajeros del Río de la Plata, y probablemente menos con el espíritu crítico que practicará Eduardo Wilde en sus *Cartas a La Prensa* de 1892 que con el humor de *The Innocents Abroad*.

¡No describir!

Precisamente, es en "Desde las Termópilas", donde cierra el periplo iniciado en Adén, que Mansilla se remite una vez más, y ahora con un énfasis entre irónico y divertido, a una consigna que se había ido imponiendo como método del viaje escrito: ¡no describir!

No hay que olvidar, sin embargo, que la renuncia a la descripción es un escrúpulo clásico entre los viajeros americanos, que la "Advertencia" de Sarmiento en la edición de sus *Viajes por Europa, África y América* sintetiza paradigmáticamente en 1849: no volver a describir lo que viajeros europeos eminentes ya han descripto de modo insuperable. También, una sabia prudencia de escritor ante los efectos tempranos de una globalización que, una vez más, la modernidad sarmientina puede formular con lucidez cuando percibe que, en una época en que "la vida civilizada reproduce en todas partes los mismos caracteres", la descripción "carece de novedad". Sólo que allí donde

Sarmiento atribuye a la prensa, que "lo revela todo", la capacidad de volver inútil la descripción en el *viaje escrito,* Mansilla, treinta años después, desde Moscú, se permite recomendar al lector curioso por conocer Rusia el libro de Murray, el famoso turista inglés, y veinte años más tarde, desde las Termópilas, piensa directamente en la guía turística como pre-texto para los lectores del periódico, inclusive para los más eruditos.

Ahora bien, descartada la descripción, Sarmiento había convertido al "espíritu que agita" a las naciones, a "las instituciones que retardan o impulsan sus progresos", en materia de sus cartas (entre paréntesis, ya es hora de decir que el hecho de que la Europa de Sarmiento sea la convulsionada por el espectáculo de ideas que hacen estallar la Revolución de 1848 mientras que la del joven Mansilla es la inmediatamente posterior, la de la sociedad elegante del segundo imperio de Luis Napoleón, abre una distancia tan obvia como insalvable entre unos *Viajes* canónicos y una novela de viajes por entregas). A diferencia de Sarmiento pero también de los viajeros corresponsales del ochenta que se extienden en los periódicos en prolijos y reflexivos análisis, y acorde con su estilo de "erudición a la violeta", Mansilla dice que no va "a describir ciudades, ni usos, ni costumbres, ni monumentos, ni a juzgar instituciones" y recurre en cambio a ciertos suplementos: esporádicamente, al dibujo (el grabado para suplir las deficiencias de la pluma ante la cascada de Amambay o el croquis para esquematizar cómo es en realidad el estrecho que había imaginado tan distinto); una y otra vez, al relato con el que brilla en las *causeries* de fines de los años ochenta, cuando ya es un maestro de la narración.

¿Y cuáles son los objetos, o las "materias", de esos relatos suplementarios? Por una parte, un arsenal de anécdotas entre curiosas y extravagantes, como el hecho de haber sido festejado

por las marquesas en los salones de París "cuasi cuasi como un principito real", o la maravilla –que no cree que pueda repetirse– de haber compartido la estrecha cúspide de la pirámide de Kheops con otros 24 americanos. Por otra, el espectacular despliegue de la fantasía como motor del viaje: la fantasmagoría, hecha de miedos infantiles y alucinaciones misteriosas, que en *causeries* como "Alucinación" o las de la serie de "Chandernagor" transfigura el viaje de juventud en capítulos de lo que para ese entonces es ya una fascinante novela autobiográfica por entregas; pero también, y sobre todo, los episodios tramados en el cruce con mujeres intrigantes –la enigmática española con apariencia de francesa de "Limosna y mendicidad", la distinguida e increíble dama rusa de "Catherine Necrassoff", la mujer finalmente invisible que "una vez siguió" de joven en Venecia–, esto es, con las mujeres que seducen y burlan a Mansilla al tiempo que lo conducen por canales, góndolas, trenes y hoteles italianos o por las calles inigualables de París.

El episodio de Catherine Necrassoff es la pieza estelar del anecdotario. Mansilla, que con su hija María Luisa se divierte despistando a sus compañeros de camarote con la fluidez con que pasan del francés al italiano o al inglés, del francés al español y de ahí al portugués, por primera vez es sorprendido en el tren en un idioma que apenas conoce y, a la vez, puesto a prueba y descubierto en su ignorancia de turista: la joven rusa le hace ver que, no obstante su viaje a Moscú y a San Petersburgo (que le permite alardear en el comienzo de la *causerie* de un privilegio ante el lector), su conocimiento del país y de su lengua era, finalmente, muy superficial, apenas un lugar común. Toda la gracia, naturalmente, está en la fina distancia con que el políglota burlado se ríe y se divierte con el humor tan ingenioso como elegante de la cultísima Catherine Ne-

crassoff, aun cuando –o sobre todo porque– él mismo es el objeto de la broma. Y si bien escribe "Bis" para –según dice– refutar la falta de imaginación de Eduardo Wilde, que no cree que esa mujer exista, la ironía mantiene todo el tiempo en vilo la ambivalencia del relato. De un modo tal, por lo demás, que aunque Mansilla convoque al más ecuánime letrado para dirimir sobre la verdad o mentira del relato, siempre sospecharemos, junto con Wilde, que el gran viajero del mundo nos está jugando una gran, y deliciosa, broma.

"En Venecia" lleva al extremo –de la ironía, del humor– el mecanismo supletorio. Por una parte frustra, y con bastante desparpajo, un clásico de la literatura de viajes como es describir Venecia. No sólo resuelve el pasaje por el tópico con una rápida cita de los versos de Byron y con unas pocas líneas sobre el carácter ideal de la ciudad que enseguida lo llevan a pensar, desmoronando todo romanticismo, en lo que ese sueño "cuesta" (¡los hoteles, los servicios!), sino que, después de amagar varias veces con cumplir con ese "deber literario" y de aducir burlonamente las razones que podría tener para hacerlo, finalmente le hace decir a su secretario que reincidir en la descripción de Venecia es "algo demasiado americano" para terminar renunciando al intento y recomendar los libros de los españoles Alarcón y Castelar. Al mismo tiempo, Mansilla coloca en el centro un episodio en el que la fuga determina la forma misma del relato. Todo un ejercicio literario sobre la dificultad de empezar y terminar, la *causerie* discurre sobre el deber de contar la anécdota que anunció, al tiempo que, haciendo el más flagrante abuso del suspenso y la dilación que singularizan su estilo, concluye por "fumarse al lector" y postergar, para siempre, el relato prometido.

El cotejo de estas *causeries* con las páginas en que Lucio V. López cuenta cómo sigue a una cantante que se le pierde entre

los canales y las puertas de Venecia, así como con la escena del tren en que la naturalidad de una joven viajera americana sorprende y sobrepasa la torpeza y pacatería de Miguel Cané, bastaría como una prueba más de que allí donde sus contemporáneos "se quedan cortos", allí donde se ponen moralmente serios en los camarotes o líricamente efusivos en las góndolas, Mansilla se divierte con la soltura y la elegancia de un auténtico hombre de mundo pero también con la inteligencia lúdica de un escritor del moderno siglo XIX. "Catherine Necrassoff" y "Bis", con su entramado sutil de bromas e ironías, y "En Venecia", síntesis del desplante a la descripción, constituyen, sin dudas, la diversión máxima del viajero.

El viajero y sus fortunas

Las cartas que con el título de "Minas de Amambay y Maracayú" publica en *El Nacional,* entre el 26 de marzo y el 14 de mayo de 1878, invitan a releer el periplo que Mansilla inició a los 18 años y que –si nos decidimos a creer en su ficción autobiográfica– estuvo signado, desde el comienzo, por la dilapidación de la fortuna. Dice en "En Chandernagor":

> Por el momento les diré que el cargamento no se hizo por la sencillísima razón de que, en vez de comprar mercaderías, que era mi encargo, compré placeres, me gasté toda la plata, que era unas 20 mil libras esterlinas. Eso sí, que como yo se lo explicaba muy bien a mi buen padre, las gasté como un caballero, dejando bien puesto mi nombre, por donde quiera que pasé, por la India, tanto que si no me mandan refuerzos, no sé cómo salgo del paso.